**Acción de María en la reconciliación
según la nueva liturgia de Adviento-Navidad**

Por M. Garrido Bonaño, OSB.

El Adviento y Navidad es la parte del año litúrgico que más reiteradas veces y con mayor relieve nos ofrece datos referentes a la redención realizada por Jesucristo. Es también el período litúrgico que con mayor vigor y frecuencia nos presenta a la Virgen María íntimamente unida a Cristo y a su obra de restauración del género humano en el orden de la gracia santificante. Esto siempre ha sido así en la liturgia de la Iglesia, pero se ha enriquecido enormemente en los libros litúrgicos promulgados por Paulo VI: Misal y Liturgia de las Horas.

Son bien expresivas estas peticiones en el tiempo de Adviento en la liturgia actual dirigidas al Cristo:

«Tú que existe ante todos los tiempos, ven y salva a los que viven en el tiempo. Tú que creaste al mundo y a todos los que en él habitan, ven a restaurar la obra de tus manos. Tú que no despreciaste nuestra naturaleza mortal, ven y arráncanos del dominio de la muerte. Tú que viniste para que tuviéramos vida abundante, ven y danos tu vida eterna. Tú que quieres congregar a todos los hombres en tu reino, ven y reúne a cuantos desean contemplar tu rostro»¹.

En la liturgia de Adviento y de Navidad aparecen multitud de textos con semejante sentido soteriológico, como puede verse en el segundo prefacio de Navidad, elaborado con elementos de la homilía segunda de San León Magno para esa solemnidad:

«Porque en el misterio santo que hoy celebramos, Cristo, el Señor, sin dejar la gloria del Padre, se hace presente entre nosotros de un modo nuevo: el que era invisible en su naturaleza, se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno, engendrado antes del tiempo, comparte nuestra vida temporal para asumir en sí todo lo creado, para reconstruir lo que estaba caído y restaurar de este modo el universo, para llamar de nuevo al Reino de los cielos al hombre sumergido en el pecado»².

¹ Preces de Vísperas del primer sábado de Adviento.

² Cf. San León Magno, Hom. 2 de Navidad, 2 (Hom. 22, 2, PL 54, 195-96). En esa homilía, en el mismo número de donde se han tomado los elementos de ese prefacio, se alude varias veces a la Virgen María: «Ha nacido según un nuevo nacimiento, concebido por una Virgen, nacido de una Virgen, sin la concupiscencia de la carne paterna, sin que se atentase a la integridad de la Madre. Tal origen convenía, en efecto al que sería el salvador de los hombres... Determinó, (Dios) en efecto, que la integridad del Hijo salvaguardase la virginidad sin par de su Madre y que el poder divino del Espíritu derramado en Ella mantuviese intacto este claustro de la castidad y esta morada de la santidad en la

En este contexto es donde aparece la actuación de la Virgen María por su divina maternidad de un modo explícito o implícito. Aquí de modo especial tenemos en cuenta los textos en que de una manera explícita la liturgia de ese tiempo litúrgico considera a la Virgen íntimamente unida a Cristo en su obra redentora, bien por su divina maternidad, por la explicitación de su maternidad espiritual para con la Iglesia y todos los hombres, por la analogía Eva-María y por la ofrenda de su Hijo como precio de nuestro rescate, aspectos que siempre tienen como fondo y fuente genuina la divina maternidad de la Virgen María.

En estos cuatro aspectos exponemos aquí la acción de la Virgen María en la reconciliación de los hombres. Hoy esto se da como un hecho indiscutible, no obstante las discusiones de los decenios pasados y los postulados del movimiento ecumenista. Si observamos atentamente las diversas actividades de la Iglesia veremos que con bastante frecuencia se alude al aspecto soteriológico de la divina maternidad de la Virgen María. En el nuevo rito para la coronación de una imagen de la Virgen se dice de Ella que es «Madre de Dios y Rey mesiánico y Socia Santísima del Redentor». En las letanias marianas de ese rito se la invoca como *Socia Redemptoris, Advocata gratiae, Ministra pietatis, Adiutrix Populi Dei*, no obstante ser *Prae-celsus redemptionis fructus*³. En la medalla conmemorativa del VI aniversario del Pontificado de Juan Pablo II, coincidiendo con el Año Santo de la Redención, se representa en el reverso a Cristo crucificado, la coparticipación de su Madre, representada abrazada a la cruz y la humanidad caída en espera de la liberación y salvación⁴. Todo esto es signo elocuente de la persuasión común de que la Virgen María actuó realmente en la reconciliación de los hombres realizada por Jesucristo en su obra redentora.

La participación de la Virgen en el sacrificio redentor del Calvario no se encuentra explícitamente en el período litúrgico que es objeto de este estudio. Sí en otros textos del Misal y de la Liturgia de las Horas, por eso no lo tratamos en este trabajo. Sí incluimos la oblación que hace la Virgen de su Hijo, como se ha indicado, y aparece en la liturgia de la fiesta de la Presentación del Señor, pues esta

cual El se complacía, pues había determinado levantar lo que estaba caído, restaurar lo que estaba deteriorado y dotar del poder de una fuerza multiplicada para dominar las seducciones de la carne, para que la virginidad, incompatible en los otros en la transmisión de la vida, viniese a ser en los otros también imitable gracias a un nuevo nacimiento».

³ La invocación «Socia Redemptoris» está unida a su maternidad divina en la terna que refleja su relación con Jesucristo: *Ancilla Domini, Mater Domini, Socia Redemptoris*, aunque ya se había evocado su maternidad divina en la terna de su relación con las tres Personas de la Santísima Trinidad: *Electa Filia Patris, Mater Christi, Gloria Spiritus Sancti*. A mi juicio hubiera estado mejor poner aquí «Mater Domini» y en la otra terna «Mater Christi». Antes se la ha invocado con el apelativo conocidísimo de *Sancta Dei Genitrix*.

⁴ Cf. *L'Osservatore Romano*, ed. española, 8 de enero de 1984.

fiesta, aunque se celebra fuera del tiempo litúrgico Adviento-Navidad, sin embargo tiene relación con el mismo como se hace notar en la monición inicial de la bendición y procesión de las cadelas en ese día: «Hace hoy cuarenta días hemos celebrado, llenos de gozo, la fiesta del Nacimiento del Señor. Hoy es el día en que Jesús fue presentado en el templo para cumplir la ley, pero sobre todo para encontrarse con el pueblo creyente». Es bien patente, además, que ese hecho histórico pertenece a los misterios de la infancia del Señor.

1. POR RAZON DE SU DIVINA MATERNIDAD

Son muchos los testimonios que en la liturgia de Adviento-Navidad se refieren a la maternidad divina de la Virgen María proyectada a la salvación de todos los hombres, como socia íntimamente unida a Cristo redentor. Es esa la única prerrogativa mariana que fundamenta la actuación de la Virgen María en la obra redentora de Cristo. Las demás son expresiones o consecuencias de esa gran verdad mariológica. Pero pienso que ha de ser rectamente entendida esa verdad mariológica, según el designio divino, como adecuadamente subrayó el P. Manuel Cuervo, y también el consentimiento dado por la Virgen al plan salvífico trazado por Dios, como acertadamente expuso en varios trabajos el P. Bover y no vio con entera exactitud el P. Cuervo.

Por una parte la asociación de María con Jesucristo en el fin de la Encarnación, según el plan salvífico de Dios, es divina y no meramente humana, como sería si sólo nos fijásemos en el mero consentimiento de la Virgen independiente del plan salvífico de Dios. No se puede dudar que la existencia del orden hipostático es divina. Es también divina la ordenación del mismo orden a la redención del hombre. Igualmente es divina la predestinación de la Virgen María para ser Madre de Dios en orden a la consecución del fin de la Encarnación, ya que María fue predestinada para ser Madre de Dios precisamente en el mismo decreto que Jesucristo y por razón de este fin. De donde se deduce que, en la misma predestinación de la Virgen María a la maternidad divina, hay en ésta una orientación divina fundamental a la redención del hombre, fin inmediato de la Encarnación, según el plan salvífico de Dios. En esto sigo exactamente la exposición del P. Manuel Cuervo que, me parece, es lo más preciso que se ha escrito sobre esta cuestión.

Además hay que tener en cuenta que la maternidad divina, en sí misma querida por Dios en orden a este fin, en cuanto que formalmente es relación al Hijo —orden hipostático sustancial— constituye a la Virgen María en este mismo orden de un modo relativo. Mas como el orden hipostático está ordenado por Dios a la redención del hombre, como fin inmediato del mismo según el plan salvífico de Dios, al colocar la divina maternidad a la Virgen María en

este orden la asocia también divinamente con Jesucristo en el mismo fin. De todo esto podemos deducir: es divina la volición del orden hipostático; es divina la ordenación de este orden a la redención del hombre, según el plan salvífico de Dios; es divina la volición de la maternidad divina de la Virgen María en orden a este fin, desde su misma predestinación; es divina la volición de la pertenencia de la maternidad divina de la Virgen María al orden hipostático, que por su misma naturaleza entraña relación con el Verbo encarnado; y, por lo mismo, es divina también la volición de la asociación de la Madre con el Hijo en el fin de este orden, que es la salvación del género humano, siempre según el plan salvífico de Dios, al que de diversa manera pertenecen tanto Cristo como su Madre, la Virgen María.

De esta manera la asociación de la Virgen María con Jesucristo en el fin de la Encarnación queda establecida sobre un fundamento tan firme y seguro, como es la maternidad divina. Se ha dicho, y pienso que se tiene toda la razón, que esto es tan cierto que sólo por una positiva exclusión de María por parte de Dios con respecto al fin de la Encarnación, en el plan salvífico de Dios, podría explicarse la no concurrencia de los dos al mismo fin. Pero esto no consta y sí lo contrario⁵.

Esto por un lado. Por otro hemos de fijarnos en el consentimiento de la Virgen María a la Encarnación tal como Dios la quiso en su plan salvífico. Pues si, por hipótesis, la Virgen no hubiera dado su consentimiento el plan de redención, trazado por Dios desde la eternidad, no se hubiera realizado. De esto tendremos ocasión de tratar más detenidamente en otro lugar de este trabajo.

Es cierto que la Sagrada Escritura nada nos dice explícitamente sobre la asociación de la Virgen con Jesucristo en el fin de la Encarnación, según el plan salvífico de Dios, pero sí implícitamente en la misma maternidad divina, tal como ésta es presentada en la misma Escritura. Más es sumamente explícito en la Tradición de la Iglesia, desde los primeros siglos del cristianismo hasta nuestros días, con abundantes testimonios del Magisterio de la Iglesia, incluso en concilios ecuménicos, y en la liturgia de todos los tiempos, en toda la Iglesia. Sobre esto se han hecho estudios muy precisos y a ellos me remito⁶. Al mismo tiempo que adelanto que todos esos innumerables testimonios, sobre todo de los Sumos Pontífices desde Pío IX hasta Juan Pablo II, no se entienden perfectamente si, de la asociación de la Virgen María, con Jesucristo en el fin de la Encarnación, según el plan salvífico de Dios, se excluye la cooperación *objetiva*

5 M. Cuervo, *Maternidad divina y Corredención mariana*, I (Ed. OPE, Villava-Pamplona 197) pp. 211-19.

6 J. B. Carol, *De corredemptione B.V. Mariae*, Disquisitio positiva (Ciudad del Vaticano 1950); Idem, *Mariologia* (BAC, Madrid 1964) pp. 764-89. Con abundante bibliografía incluida en las dos obras; Crisóstomo de Pamplona, 'La corredención mariana en el Magisterio de la Iglesia', en *Estudios Marianos* 2 (1943) pp. 89-110.

e inmediata de Ella en unión y dependencia íntimas de su propio Hijo, el Verbo encarnado. Todos presuponen la maternidad divina de la Virgen María como fundamento objetivo de su asociación a Cristo Redentor en su obra específicamente salvífica; todos colocan y señalan el fin u objetivo de esta asociación y cooperación de la Virgen María con Jesucristo en algo distinto de la maternidad divina en cuanto tal y *consecuentemente* a la misma⁷.

1.º *Las oraciones*. El Misal y el Libro de la Liturgia de las Horas nos presentan un gran número de oraciones con impronta mariana en el período litúrgico, objeto de este estudio, mucho más rico que en los libros litúrgicos de los siglos anteriores. 11 oraciones del nuevo Misal y Liturgia de las Horas están tomadas del *Rotulus* de Rávena, que es el documento que conserva las fórmulas litúrgicas más antiguas para los días que preceden a la fiesta de la Navidad del Señor⁸. S. Benz ha mostrado que un cierto número de esas oraciones fueron compuestas bajo la influencia de la predicación de San Pedro Crisólogo, obispo de Rávena, entre los años 432-450. Según esto la fecha del *Rotulus* parece ser el siglo v. Se encuentra reflejada en esas oraciones la doctrina cristológica de los concilios de Efeso (431) y de Calcedonia (451). Hay en ellas una gran diversidad de estilo, por lo cual es fácil deducir que no son todas de la misma mano. Podemos distinguir tres categorías: una serie de ellas presenta un carácter general y sólo algunas palabras aluden al Adviento (por ejemplo las oraciones nn. 3-11, 17, 21 y 29), algunas de estas presentan una gran impronta bíblica; otra serie aparece en su texto íntegro como directamente preparatoria a la celebración de la fiesta de Navidad (por ejemplo las oraciones nn. 12-16, 18, 18, 20, 23, 25, 27 y 35), algunas de estas oraciones presentan una visión general de la historia de la salvación; otra serie refleja más teológicamente el dogma cristológico, según la doctrina de los concilios antes indicados (por ejemplo las oraciones nn. 2, 24, 26, 28, 30-34, 36-40 y 42).

Varias de esas oraciones aluden explícitamente a la divina maternidad de la Virgen María que es considerada con una proyección soteriológica como lo muestra la oración siguiente:

Exceisi filius dei, humani generis conditor et immaculatae salvator: pro-cede iam, quaesumus, de incontaminata virgine pro mundi redemptione; ut sintamus per eandem nos gratiam liberare a peccatis, per quam ipse fieri dignatus est absque delicto similis nobis⁹.

De esas oraciones con mención explícita mariana cuatro han sido incluídas en los libros litúrgicos promulgados por Paulo VI y son las que se encuentran en los días 17, 19, 20 y 23 de diciembre.

7 M. Cuervo, op. cit., pp. 215-16.

8 Todas esas oraciones han sido publicadas en el *Sacramentario Veronense*, ed. del P. L. C. Mohlberg (Roma 1966) pp. 173-78.

9 *Veronense*, ed. c., p. 179, n.º 1356.

En la oración del 17 de diciembre se invoca a Dios, creador y restaurador del hombre, que ha querido que su Hijo, Palabra eterna, se encarnase en el seno de María, siempre Virgen, y se pide que Cristo, su Unigénito, hecho hombre por nosotros, se digne hacernos partícipes de su condición divina¹⁰. Es bien clara la acción redentora de la Encarnación en el seno de la Virgen María. Se invoca a Dios como «creador y restaurador» que tiene un plan de salvación para la humanidad pecadora y ha escogido a la Virgen María para ser la Madre de su Unigénito y asociarla de esta forma a la obra de la redención, por la cual nos hacemos partícipes de su condición divina, en la filiación adoptiva, del mismo modo que El tomó nuestra propia naturaleza humana en el seno de la Virgen María.

Más explícita es la oración del día 19 en la que se dice que Dios ha querido revelar al mundo entero el esplendor de su gloria en el parto de la Virgen María, y se pide que proclamemos con fe íntegra y celebremos con piedad sincera el misterio admirable de la Encarnación de Jesucristo¹¹. Podemos distinguir tres grados o manifestaciones de la gloria divina: la creación, la Encarnación y la escatología. Pero la revelación nos enseña que el momento culminante, aunque no exclusivo, de la manifestación de la gloria de Dios, el que es más completo y accesible a nuestro entendimiento, es Cristo en cuanto nos redimió para gloria del Padre y nuestra salvación. La expresión del *Gloria in excelsis Deo*: «Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam» como aparece en el *Codex Alexandrinus*, se transcribe en el Antifonario de Bangor: «Gratias agimus tibi propter magnam misericordiam tuam». La variante es de gran interés, aunque se aparte del texto original griego. Subraya que la gloria de Dios en este caso se manifiesta en la infinita misericordia divina de salvar a los hombres del pecado y reincorporarlos a su gloria como hijos adoptivos suyos por la acción redentora de Jesucristo.

No es extraño que se diga en la oración que la gloria de Dios se manifiesta en la maternidad divina de la Virgen María, orientada por el mismo Dios a la salvación de los hombres. En el orden nuevo, fundamentado en la gracia y en la caridad, y en el que Dios nos ha donado todo en su Hijo (Rm 8, 32), podemos afirmar que la plenitud divina es nuestra auténtica riqueza. De este modo la manifestación de la gloria divina se convierte para nosotros en gracia sobreabundante

10 Deus, humanae conditor et redemptor, qui in utero perpetuae virginitatis carnem adsumere voluisti, respice propitius ad praeces nostras, ut unigeniti tui nativitate suscepta, ipsius etiam redemptionis mereamur divino consortio sociari» (*Veronense*, e. d. p. 176, n.º 1362). Transcribimos esas oraciones tal como aparecen en el Sacramentario, con su misma grafía.

11 Deus qui splendorem gloriae tuae per sacrae uterum virginis in mundi fine in... dignatus es revelare, quatenus densis errorum tenebris effugatis, veritas fulgeat perpetuae claritatis; tribue, quaesumus, ut tantae incarnationis mysterium humiles famuli et fidei integritate colamus, et devoto semper obsequio fraequentemus» (*Veronense*, e. c., p. 173, n.º 1333).

y principio de nuestra reconciliación y glorificación. Esta doctrina aparece con mucha claridad en las Cartas de San Pablo: en primer lugar todos los hombres estábamos privados de la gloria de Dios por el pecado (Rm 3,23), pero Dios «quiso hacer ostentación de la riqueza de su gloria sobre los vasos de su misericordia, que El preparó para la gloria, es decir, sobre nosotros, los que El llamó no sólo de los judíos, sino también de los gentiles» (ibid., 9, 23-24). «Pues si el misterio de la muerte grabado con letras sobre piedras fue glorioso, hasta el punto de que no pudieran los hijos de Israel mirar el rostro de Moisés a causa del resplandor evanescente de su rostro, ¡cuánto más no será glorioso el misterio del espíritu!...» (2 Cor 3, 7-11). La obra redentora de Jesucristo es «el misterio escondido desde siglos y desde las generaciones y ahora manifestado a sus santos», ese misterio es la riqueza de la gloria: Cristo en medio de nosotros (Col. 1, 24-29), etc. Todo esto se manifiesta en la oración de la liturgia de Adviento por la maternidad divina de la Virgen María, con lo cual se muestra que Ella fue asociada por Dios a su plan salvífico de redención y al cual consintió con toda su voluntad, plenamente identificada con la de Dios, en cuanto esto es posible a una criatura.

También es muy valiosa para nuestro tema la oración del día 20 de diciembre en la que se afirma que la Virgen María se sometió al designio de Dios para ser la Madre de su Unigénito, al anunciárselo el ángel. Este designio divino no es otro que la reconciliación de los hombres por Jesucristo al que la Virgen está asociada por voluntad divina y su pleno consentimiento. La gracia que se pide en esa oración en el Misal promulgado por Paulo VI es la de imitar a la Virgen en la aceptación de los designios divinos con humildad de corazón. Sin embargo, en el texto latino original se alude a la poderosa intercesión de la Virgen, después de la Encarnación, en orden a la protección del pueblo fiel¹². Sobre el consentimiento de la Virgen a la maternidad divina y redentora trataremos más adelante con mayor detención.

Menos explícita en orden a la acción de la Virgen en la restauración sobrenatural del género humano es la oración que los libros litúrgicos traen para el 23 de diciembre en la que se pide que el Hijo de Dios, «que se encarnó en las entrañas de la Virgen María y quiso vivir entre nosotros, nos haga partícipes de la abundancia de su misericordia»¹³. Es fácil ver, sin embargo, la relación de esa miseri-

12 «Deus, aeterna maiestas, cuius ineffabile verbum angelo deferente virginitas immaculata suscepit et, domicilium deitatis effecta, sancti spiritus luce repletur; quaesumus, ut fidelem populum ipsa suis orationibus protegat, quae deum et hominem sacris castisque visceribus meruit baiulare» (*Veronense*, e. c., p. 176, n.º 1361).

13 «Omnipotens sempiternae Deus, nativitatem Christi filii tui secundum carnem propinquare cernentes, quaesumus, ut nobis indignis famulis misericordiam prestat ipse, qui pro nobis dignatus est ingredi utero virginis, ut verbum caro fieret et habitaret in nobis» (*Veronense*, e. c., p. 176, n.º 1355).

cordia que abundantemente recibimos de Cristo, con la maternidad divina de la Virgen María. Iluminados por la fe y celebrando los misterios del Señor, la Iglesia nos presenta el plan salvífico de Dios, tal como El lo quiso, con la colaboración consciente, meritoria y soteriológica de la Virgen María por razón de su divina maternidad¹⁴.

Muy explícita en el sentido del tema de nuestro trabajo es la oración para el día 1 de enero, Solemnidad de Santa María, Madre de Dios, que ya aparece para ese día en los Sacramentarios Gregorianos del siglo IX, como el Paduense y el Cambrai, y pasó luego al Misal de San Pío V en 1570. En su traducción oficial castellana dice así:

Dios y Señor nuestro, que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación, concédenos experimentar la intercesión de Aquella de quien hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida¹⁵.

En el mismo sentido está redactada la oración sobre las ofrendas de esa misma solemnidad, compuesta con elementos de una oración del antiquísimo Sacramentario Veronense, a los que se les ha añadido la mención de Santa María Madre de Dios, con lo cual se ha dado un nuevo sentido a los textos antiguos para dirigirlos a la maternidad divina de la Virgen María. En su traducción castellana dice así:

Señor Dios nuestro, que en tu providencia das principio y cumplimiento a todo bien, concede, te rogamos, a cuantos celebramos hoy la fiesta de la Madre de Dios Santa María, que así como nos llena de gozo celebrar el comienzo de nuestra salvación, nos alegre un día alcanzar su plenitud¹⁶.

El comienzo de nuestra salvación es en esta oración litúrgica la maternidad divina de la Virgen María. Que la Redención objetiva del género humano, su reconciliación con Dios, haya comenzado y se haya realizado virtualmente toda con el acto mismo de la Encarnación del Hijo de Dios, pienso que es una verdad que es admitida generalmente. No sólo el nacimiento de Cristo, sino su misma concepción es llamada generalmente como el principio de nuestra salvación: *extitit salutis exordium*. Ya San Luis María Grignon de Montfort hacía notar que grandes Santos muy iluminados proclamaron

¹⁴ J. Lemarie, 'Le mystère de l'Avent et le Noël d'après le Rotulus de Ravenne', en *Les Questions Liturgiques et Paroissiales* 42 (1961) pp. 303-17; A. Rose, 'Las oraciones du Rotulus de Ravenne dans le nouveau Missel Romain', *ibid.*, 52 (1971) pp. 271-92.

¹⁵ «Deus qui salutis aeternae beatae Mariae Virginitate fecunda, humano generi praemia praestitisti; tribue, quaesumus, ut ipsam pro nobis intercedere sentiamus, per quam meruimus auctorem vitae suscipere Dominum nostrum Iesum Christum Filium Tuum».

¹⁶ «Deus, qui bona cuncta et incoas benignum et perficis; da nobis sicut de initiis tuae gratiae gloriamur, ita de perfectione gaudere» (*Veronense*, e. c., n.º 1006).

altamente y públicamente publicaron que la reconciliación del mundo comenzó por medio del *Ave María*. Entre esos Santos hay que indicar a San Beda el Venerable que comenzaba la exposición del evangelio de la Anunciación con estas palabras: *Exordium nostrae redemptionis*¹⁷.

Así es fácil entender el sentido íntegro de algunas invocaciones en las Preces de Laudes y Vísperas del tiempo litúrgico de Adviento-Navidad, aunque en su redacción no sean muy explícitas: «Tú que tomaste carne en el seno de la Virgen María, libranos de la corrupción de la carne»¹⁸. «Tú que, engendrado en el seno del Padre, quisiste hacerte hombre en el seno de María, libranos de la corrupción de la carne»¹⁹. En las preces para la solemnidad de Santa María, Madre de Dios se alude a la Virgen María, pero de forma bastante pobre en orden a la reconciliación, como puede verse por estas dos peticiones de las Preces de Vísperas: «Tú que hiciste a María, tu madre, llena de gracia, concede también la abundancia de tu gracia a todos los hombres; Tú que has querido nacer de la Virgen María para ser nuestro hermano, haz que todos los hombres sepamos amarnos como hermanos». Algo más valiosa es la siguiente petición de las preces de Laudes: «O Cristo, Hijo admirable y príncipe de la paz, nacido de María Virgen, concede al mundo entero una paz estable». Pero, tampoco es muy expresiva. Las otras poquísimas alusiones a la Virgen María en esos elementos de la Liturgia de las Horas son aún más pobres para el tema que desarrollamos.

Algo más explícito lo encontramos en otros elementos de la celebración litúrgica del tiempo de Adviento-Navidad, como responso-rios, antifonas y lo referente al «Communicantes» del Tiempo de Navidad en la Plegaria Eucarística primera o Canon Romano, sumamente venaridísimo, como tendremos ocasión de tratar más adelante.

^{2º} *Las lecturas*. Varias lecturas bíblicas y patrísticas aluden a la misión de la Virgen en la obra de la redención en el período litúrgico de Adviento-Navidad: en las lecturas bíblicas son notables las referentes a la Anunciación, a la Visitación y al Magnificat; en cuanto a las lecturas patrísticas con gran impronta mariana, no ligeras alusiones a la Virgen, hemos de contar la de San Ireneo sobre Eva-María (viernes de la segunda semana de Adviento), la del Beato Isaac de Stella, sobre la Iglesia-María (sábado de la segunda semana de Adviento), la homilía de San León Magno (17 de diciembre), el sermón de San Bernardo sobre la respuesta y consentimiento de la Virgen María al anuncio del ángel (20 de diciembre), la exposición

¹⁷ PL, 94, 9.

¹⁸ Vísperas del lunes de la primera semana de Adviento y de la tercera semana del mismo tiempo litúrgico.

¹⁹ Primeras Vísperas del Domingo II de Adviento.

de San Ambrosio sobre la Visitación (21 de diciembre), la exposición de San Beda sobre el Magnificat (22 de diciembre), la homilía de San León Magno (31 de diciembre) y la Carta de San Atanasio a Epitecto sobre la Encarnación (1 de enero). Es muy interesante la homilía de San Sofronio sobre la fiesta de la presentación del Señor en el templo.

No todas estas lecturas tratan del aspecto redentivo de la misión de la Virgen María, al menos explícitamente. Por eso sólo tenemos aquí presente la homilía de San Bernardo sobre el consentimiento de la Virgen al plan salvífico de Dios, ya que los textos bíblicos referentes al Evangelio de la Infancia del Señor han sido ampliamente expuestos²⁰. El sermón de San Bernardo es una página inefable de la literatura cristiana. He aquí algunos párrafos más destacados:

Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. *También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.* Se pone en tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; *mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida.* Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abrahán, esto David, con todos los santos antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto te pide el mundo entero postrado a tus pies. Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende *el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.* Da pronto tu respuesta. Responde presto al ángel o, por mejor decir, al Señor por medio del ángel... Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento. *Aquí está —dice la Virgen— la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*²¹.

Se trata de un texto patrístico, pero la Iglesia lo ha asumido como texto litúrgico y, por eso mismo, le ha dado un nuevo valor y autoridad, sobre todo si tenemos en cuenta que ha sido insertado en la liturgia de Adviento-Navidad por la que la Iglesia celebra la Encarnación del Hijo de Dios y su nacimiento según la carne, con toda su impronta reconciliadora tal como aparece reiteradas veces en los textos litúrgicos de ese tiempo y nosotros ya hemos indicado.

Ya hemos dicho que en el plan salvífico de Dios la maternidad divina de la Virgen María estaba ordenada a la salvación de los hombres por voluntad expresa del mismo Dios. El mensaje que el ángel trajo a la Virgen era un mensaje de redención. El abad Guerrero, discípulo de San Bernardo afirma:

En verdad fueron palabras buenas, palabras fieles y dignas de ser recibidas, aquella buena nueva de nuestra salvación... Mientras (el ángel) promete un Hijo a la Virgen, se promete el perdón a los reos, la redención a los cautivos, la libertad a los prisioneros y la vida a los que yacían como sepultados. Aquellas palabras, mientras predicán el reino de su Hijo, anuncian al mismo tiempo la gloria de los justos, llenan de terror a los infiernos, alegran los cielos»²².

Para San Bernardo es bien claro que Dios en su providencia quiere que la Encarnación de su Hijo, para llevar a cabo su plan de salvación de los hombres, dependa del consentimiento de María. Esa Encarnación es para él el comienzo de nuestra Redención, es ya Redención. De aquí que la cooperación de la Virgen María no es sólo de orden moral, sino también inmediata. Son muchos los autores del medioevo, anteriores y posteriores a San Bernardo, que expresan la misma doctrina. El abad Franco, por ejemplo, dice en su libro *De gratia Dei*: «Hágase en mí según tu palabra, para que tome carne en mí el Verbo, que en el principio ya existía. Hágase en mí, hace decir a la Virgen, que sea hallada digna de que por mí el mundo encuentre la gracia de la reconciliación; hágase en mí que dé hospedaje en mi cuerpo a Aquel que después en el cielo me tomará en el consorcio de su reino»²³. Más explícito, si cabe, es Godofredo de Admont: «Mientras el alma de la Bienaventurada Virgen, viviendo en la carne, reconoce en el Espíritu Santo el misterio de la Redención, su cuerpo es fecundado por el mismo Espíritu Santo; y concibiendo y engendrando al verdadero Hijo de Dios, verdadero hombre, realiza admirablemente el misterio mismo de la Redención»²⁴. Otros autores afirman incluso que el consentimiento de la Virgen María a la Encarnación se extiende también a toda la obra redentora de Cristo, incluido su sacrificio en el Calvario. Así Bruno de Segni, Hildeberto, Ruperto de Deutz, Pedro Abelardo, Hermann de Tournai y otros²⁵.

No se trata, según estos autores, de una acción meramente física, y así posteriormente lo han enseñado la mayoría de los teólogos hasta nuestros días, e incluso el Magisterio de la Iglesia. Barré, fijándose en las palabras que el autor de la Carta a los Hebreos pone en labios de Cristo sobre el cumplimiento de la voluntad de su Padre en orden a la redención (Hb, 10, 5-10), afirma que «el fiat de la Virgen sería un eco del fiat interno de Cristo, porque se deriva de Él y es como su expresión sensible, su prolongación puramente humana. Se sigue, pues, que el drama de Nazaret nos permite comprender la tragedia del Calvario, porque el misterio de la Corredención

²² *Sermo I Annuntiat.*, PL, 185, 115.

²³ PL, 166, 747-48.

²⁴ *Hom.*, 65, *Assumpt.*, 2, PL., 174, 969.

²⁵ I. Riudor, S.J., 'Los escritores eclesiásticos del siglo XIII sobre la corredención', en *Estudios Marianos* 19 (1958) pp. 147-80.

²⁰ Entre otros muchos trabajos cf. *Estudios Marianos* 8 (1949).

²¹ *Hom.* 4, 3-9, *Opera Omnia*, ed. Cistec. 4 (1966) pp. 53-54.

mariana se resuelve en el misterio de la Maternidad divina, y éste en el gran misterio del Hijo de Dios hecho carne»²⁶.

En un sermón atribuido falsamente a San Agustín hay unos párrafos semejantes al que hemos transcrito de San Bernardo, y se encuentra en la Liturgia de las Horas para el 20 de diciembre:

«¡Oh bienaventurada María! el mundo cautivo implora tu consentimiento; ha hecho de ti la garantía de su fe cerca del Señor, y te suplica que borres la injuria hecha a Dios por sus primeros Padres... Dí que sí y el cielo se nos abre... Tu seno virginal es el santuario donde Dios ha preparado las bodas de su Hijo; y en el gozo de la fiesta nupcial quiere perdonar sus culpas al mundo pecador. Y, tú, embajador del gran Rey; tú, confidente de los secretos divinos, que has descendido del palacio de la Majestad soberana para anunciar el perdón a los culpables, la vida a los muertos, la paz a los cautivos, insta, insiste con la Virgen... Mira en qué horrible prisión estamos encerrados, y repite otra vez a María: ¿Por qué, pues, ¡oh Virgen!, detener a un mensajero que arde en deseos de partir? De nuevo te lo digo: ¿No ves al mismo Dios en expectativa desde la anteaia del cielo? Dí una sola palabra y recibe por Hijo al Hijo de Dios... Abre tus entrañas, ¡oh siempre Virgen! En este momento tienes en tus manos los destinos de la creación; a tu fe pertenece el abrir el cielo o cerrarlo para siempre»²⁷.

En otro sermón atribuido también falsamente a San Agustín, posiblemente sea de San Ambrosio Autperto, se elogia a la Virgen por el consentimiento dado a las palabras del ángel, con estas alabanzas:

«¡Oh Virgen Bienaventurada!, ¿quién podrá jamás ofrecerte suficientes alabanzas y gratitud a Ti, que por un sentimiento tan admirable has librado al mundo? ¿Con qué homenajes te pagará la humana fragilidad ese piadoso comercio que nos ha vuelto a abrir la puerta del cielo? Recibe nuestras acciones de gracias, por débiles y desproporcionadas que sean ante el mérito tuyo; y recibiendo nuestros votos, dignate con tus oraciones excusar nuestras faltas. Que nuestros clamores lleguen al santuario de la misericordia y tú, en cambio, envíanos el antidoto de la reconciliación...»²⁸.

Expresiones semejantes hay también en la Iglesia oriental con más tiempo de antelación que estos testimonios de Occidente²⁹.

²⁶ H. Barré, 'Le consentement à l'Incarnation redemptrice', en *Marianum* 14 (1952) pp. 233-66.

²⁷ *Sermo 120 in Nativit. Domini*, 4, 7, PL., 39, 1936.

²⁸ *Sermo 194*, 5, PL. 39, 2106; cf. Fulberto de Chartres, PL, 141, 337.

²⁹ Entre los orientales merecen citarse a San Cirilo de Alejandría que dice a la Virgen: «Salve a ti, Madre de Dios, por quien nos ha venido el Vencedor de la muerte y el exterminador del infierno... Salve a ti, Madre de Dios, por de la muerte y el exterminador del infierno...» (*Enc. in S. M. Deip.*, PG, 77, 1033); a San Siquien se salva toda alma fiel...» (*Enc. in S. M. Deip.*, PG, 77, 1033); a San Sofronio, que dice: «Tu eres verdaderamente bendita entre las mujeres, puesto que has cambiado en bendición la maldición de Eva, porque Adán, que gemía dohiente y excreado, ha sido gracias a ti levantado y bendecido» (*Sermo 10 in B.M. Virginis Annuntiat.*, 22, PG, 87, 3241). En una homilía anónima de la Iglesia Oriental se dice: «Los ángeles acusaban a Eva; ahora glorifican a María,

Augusto Nicolás tiene una bella página literaria en la que hace ver que esas expresiones de los santos tan inflamadas e inspiradas en un amor de correspondencia por el bien inmenso que la Virgen nos trajo, están muy por debajo de la incontestable realidad de la redención y de la colaboración de la Virgen a ella. Y lleva toda razón. «La sola exposición de esa realidad sobrepuja a todo. Representémonos, en efecto, no sólo la espera del ángel, sino la espera del mundo después de tantos miles de años, y su extravío creciente, más determinante aún que su espera; las promesas de Dios, los votos de los Patriarcas, las predicciones de los Profetas, los suspiros de los justos, los gemidos del género humano; recordemos todos esos grandes nombres de «Esperado de las naciones», «Príncipe de la paz», «Ángel de la nueva alianza», «Dominador de Justicia», «Redentor», «Salvador», bajo los cuales era el Hijo de Dios incesantemente prometido y llamado en todo el transcurso de las Sagradas Escrituras; y estos gritos de impaciencia santa: «¡Oh si rompieras los cielos y bajases!», «¡Envía, Señor, al que has de enviar!», «¡Cielos destilad vuestro rocío, ábrase la tierra y brote el Salvador!». Y todas las figuras, y todos los preparativos, y toda la historia de la Religión, y todas las revoluciones de los imperios, y todo el movimiento universal calculado y dirigido, desde el origen del mundo, con la mirada fija en la aparición de la Sabiduría eterna entre los hombres, y en su unión con la obra de sus manos. Representémonos, por otro lado, todos los siglos futuros que debían salir de este gran acontecimiento y fecharse desde entonces, la renovación del mundo, la destrucción de la idolatría, la predicación apostólica, la fortaleza de los mártires, la virtud heroica de los santos, la formación del cristianismo y su progreso civilizador, bajo el reino del Evangelio y de la Iglesia, desde ese tiempo para siempre. No es esto todo. Aparte de estos intereses del tiempo, miremos los de la eternidad, el gozo de los ángeles, la ruina de los demonios, la libertad de los justos, la conversión de los pecadores, el honor de la creación, la gloria de Dios, la consumación de todas las cosas en la unidad divina, los destinos del cielo y la tierra; el plan divino de la salvación en toda su plenitud: todo esto, repetimos, vino a caer, por decirlo así, sobre la Virgen María, sobre su humildad, sobre su virginidad, sobre su fe; y todo se encuentra como detenido por su *Quomodo fiet istud?* y determinado en su

que la ha levantado de su caída y ha hecho subir a los cielos a Adán, arrojado del paraíso... Por ti, en efecto, Virgen Santa, ha sido derribado el muro de separación; por ti la paz del cielo ha sido dada al mundo; por ti los hombres se han convertido en Angeles...» (*Hom. in Laudes S.M. Deip.*, que se encuentra entre las obras de San Epifanio, PG, 43, 501); San Juan Damasceno tiene párrafos semejantes: «Salve a ti, por quien arrancados de las puertas del infierno, somos elevados hasta el cielo. Salve a Ti por quien, rescatados de la maldición, somos inundados de inexplicable alegría...» (*Hom. in Annunt.*, B.M.V., PG, 96, 657), y otros muchos testimonios que se encuentran en las homilias de San Andrés de Creta y San Germán de Constantinopla, y otros.

plena realidad por su *Fiat*. He aquí la realidad. No amplificada, sino encerrada en términos insuficientes a su sublimidad. Y según convenía a tal sublimidad, todo se dice y se hace con una inefable sencillez: Y María dijo: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el Ángel se retiró»³⁰.

3º. *Los himnos*. En el repertorio himnológico de la Iglesia hay himnos con alusiones muy claras y explícitas de la acción de la Virgen María en la reconciliación de los hombres. En ellos aparece el título de Reconciliadora, Corredentora y otros semejantes. Los himnos litúrgicos del tiempo de Adviento-Navidad nos ofrecen expresiones en las que implícitamente, al menos, se canta la actuación de la Virgen en la obra de la redención por su divina maternidad. En el himno de Vísperas de Adviento en su segunda parte esto es, a partir del 17 de diciembre, *Verbum salutis omnium*, (himno anónimo del siglo XI se canta al Verbo como salvación de todos y se pide a la Virgen bienaventurada que lo reciba en su casto seno... Fue prometido a los profetas, como luz eterna inefable, lo anunció Gabriel y bajó a nuestro valle. Por eso invita a saltar de gozo todos los pueblos, a que se regocijen los ángeles, pues el Excelso viene a salvar a los hombres. Es un himno soteriológico. Se expone el plan de salvación trazado desde antiguo por el Padre. Se pide a la Virgen que lo reciba. Por eso colabora Ella a la redención. Su texto latino es el siguiente, en sus estrofas 1ª, 4ª y 5ª:

Verbum salutis omnium / Patris ab ore prodiens, / Virgo beata, suscipe casto Maria viscere.

Olim promissus vatibus, / natus ante luciferum, / quem Gabriel annuntiat, / terris descendit Dominus.

Laetentur simul angeli, / omnes exsultet populi, / excelsus venit humilis / salvare quod perierat.

En el mismo sentido hay que interpretar el himno de Sedulio († 450 c.) para Laudes de Navidad y Tiempo de Navidad: *A solis ortus cardine*, en el que se canta a Cristo nacido de la Virgen María y que se revistió de nuestra carne mortal para salvarnos:

A solis ortus cardine / adusque terrae limitem / Christum canamus principem. / natum Maria Virgine.

Beatus auctor saeculi / servile corpus induit, / ut carnem carnem liberans / non perderet quod condidit...

También hay expresiones valiosas en los himnos de la solemnidad de la Madre de Dios. El de Vísperas *Corde natus ex Parentis*, de Prudencio († 405) canta al Verbo nacido del Padre que se vistió de carne mortal para redimir a la raza de su misma naturaleza que

³⁰ A. Nicolás, *La Virgen María en los Evangelios*, c. 8: (La Anunciación, París 1912) pp. 209-10.

se encontraba sumergida en lo profundo del abismo por la deuda del pecado. Por eso su Madre, Virgen sin mancha alumbró nuestra salvación, cuando de ella nació Cristo redentor. He aquí las tres primeras estrofas:

Corde natus ex Parentis / ante mundi exordium, / Alpha et Omega vocatus, / ipse fons et clausula / omnium quae sunt, fuerunt / quaeque post futura sunt.

Corporis formam caduci, / membra morti obnoxia / induit, ne gens periret / primoplasti ex gemine, / mererat quam ex profundo / noxialis tartaro.

O beatus ortus ille, / Virgo cum puerpera / edidit nostram salutem / feta Sancto Spiritu, / et puer redemptor orbis / os sacratum protulit.

En el de Laudes, de autor y de época desconocidos, *Fit porta Christi pervia* canta al Hijo del Padre que nació de la Virgen pura, como Autor, Redentor y Esposo de la Iglesia, Gozo y honor de su Madre, esperanza del hombre, que vino al mundo a salvar lo que creó. En este himno más que el aspecto soteriológico de la divina maternidad, se celebra su virginidad, pero implícitamente se tiene presente que la salvación que nos trajo Cristo, vino por la Virgen María. He aquí las estrofas 2, 3 y 4:

Summi Parentis Filius / processit aula Virginis, / Sponsus, redemptor, conditor / suae gigas Ecclesiae.

Honor matris et gaudium, / immensa spes credentium, / lapis de monte veniens / mundumque replens gratia.

Exsultet omnis anima, / quod nunc Salvator gentium / advenit mundi Dominus / redimere quos condidit.

En los himnos en castellano es interesante para nuestro tema la estrofa segunda del himno de Vísperas de esta solemnidad:

Este Jesús en brazos de María
es nuestra redención;
cielos y tierra con su brazo unía
de paz y de perdón.

Como ha podido verse los himnos litúrgicos de este tiempo de Adviento-Navidad son bastante expresivos en orden a la acción reconciliadora de la Virgen María por razón de su divina maternidad.

4º. *Otros elementos litúrgicos*. Uno de los elementos litúrgicos más antiguos del Tiempo de Navidad con respecto a la Virgen es el *Communicantes* propio de esta fiesta y del tiempo siguiente, en la plegaria eucarística primera o canon Romano, en el que se dice que la Virgen dió a luz al *Salvador del mundo*.

Entre los Responsorios hay dos en los que se especifica que la Virgen nos trajo a Cristo para realizar su obra redentora: el del martes de la primera semana de Adviento, para la segunda lectura,

dice así: «Mirad, ya se acerca el tiempo en que envió Dios a su Hijo, nacido de la Virgen, nacido bajo la ley. Para rescatar a los que estaban bajo la ley...»; y el de la primera lectura de la solemnidad de Navidad está redactado en estos términos: «Hoy, por nosotros, se ha dignado nacer de la Virgen el Rey del cielo, para restituir al hombre a los reinos celestiales...».

En la bendición solemne para las Misas de Navidad se subraya también el aspecto redentivo y reconciliador de la Encarnación en la que la Virgen María tuvo parte tan importante: «Y el que por la Encarnación de su Hijo reconcilió lo humano y lo divino, os conceda la paz a vosotros, amados de Dios, y un día os admita entre los miembros de la Iglesia».

Más explícitas son algunas antifonas propias de este tiempo o que se pueden usar en el mismo. Todos los días de Adviento se tiene para la hora de Tercia esta antifona: «Los profetas anunciaron que el Salvador nacería de la Virgen María». Hay que mencionar de modo especial la antifona del Magnificat para el día 30 de diciembre: Te glorificamos, Santa Madre de Dios, porque de ti ha nacido Cristo; oh María, salva a todos los que te invocan».

Todos los días de Adviento y Navidad se ha de decir, después de Completas, una de estas grandes antifonas:

«Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, *abogada nuestra*, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María».

En las normas anteriores del Oficio Divino había que decir en Adviento y en Navidad la siguiente antifona, que ahora se puede sustituir por otra de las indicadas aquí:

«*Madre del Redentor*, virgen fecunda, *puerta del cielo siempre abierta*, estrella del mar, *ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse*. Ante la admiración de cielo y tierra, engendraste a tu santo Creador, y permaneces siempre virgen. *Recibe el saludo del ángel Gabriel, y ten piedad de nosotros pecadores*».

«Salve, Reina de los cielos y Señora de los ángeles; salve, raíz; salve, *puerta, que dio paso a nuestra luz*. Alégrate, virgen gloriosa, entre todas la más bella; salve, oh hermosa doncella, ruega a Cristo por nosotros».

Todas estas bellas antifonas son de la Edad Media y la Iglesia las ha utilizado en su liturgia desde entonces y una de ellas, como la Salve, ha venido a ser súplica general del pueblo de Dios. En todas se nota la acción reconciliadora de la Virgen María por ser la Madre de Cristo Redentor, con razón se la invoca como Abogada

nuestra y como puerta del cielo o puerta que dio paso a nuestra luz, para arrancarnos del poder de las tinieblas.

También puede utilizarse una antifona y súplica antiquísima, dirigida a la Virgen, al menos desde el siglo iv. Es la conocida súplica *Sub tuum praesidium*:

«Bajo tu protección nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, libranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita».

Hay puesta tal confianza en Ella, porque se la cree con poder y eficacia para auxiliarnos en nuestras angustias y pruebas por haber colaborado con Cristo en nuestra redención.

2. MADRE ESPIRITUAL DE LOS HOMBRES

La Maternidad espiritual de la Virgen María con respecto a todos los redimidos es una consecuencia directa de su Maternidad divina corredentora. Por todo cuanto hemos dicho, ha quedado mostrado que la Maternidad divina de la Virgen María es la Maternidad con respecto al Hombre-Dios Redentor en cuanto tal. En virtud de la Encarnación redentora el Verbo encarnado en el seno virginal de María queda constituido en Cabeza mística de toda la humanidad (síntesis de toda la creación), y la humanidad queda constituida como cuerpo místico suyo. Cristo, en efecto, puede ser considerado bajo un doble aspecto: como Hombre-Dios y como Redentor. Como Hombre-Dios tiene un cuerpo físico en orden a la redención; como Redentor del género humano tiene un cuerpo místico, que es la sociedad de todos los que creen en El. Por eso la Virgen María al engendrar a Jesucristo, según el plan salvífico querido por Dios, engendraba espiritual y sobrenaturalmente a todos los hombres redimidos por Cristo. Así la Virgen es la Madre del Cristo total, de la Cabeza y de los miembros. Así se han expresado multitud de veces los Romanos Pontífices, sobre todo desde León XIII hasta nuestros días. Uno de los más importantes fue el de Paulo VI que proclamó en el aula conciliar a la Virgen Madre de la Iglesia, el 21 de noviembre de 1964. Las palabras textuales del Papa fueron las siguientes: «Para gloria de la Virgen y para consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que desde ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título». Los obispos acogieron esta proclamación con un entusiasta apalauo. A continuación daba el Papa el fundamento teológico de este título glorioso de la Virgen: «En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción de María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo Encarnado. La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también consti-

tuye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquel que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en Cabeza de su Cuerpo místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia»³¹. El Papa no aduce otro fundamento. Pero, luego en los textos litúrgicos para la celebración de ese título mariano, se aducen además, otros pasajes del Evangelio en que la Virgen se muestra ejerciendo su maternidad espiritual, sobre todo en el Calvario, junto a la Cruz en donde moría su Hijo, como sacrificio expiatorio por la salvación de todos los hombres.

En la liturgia de Adviento-Navidad hay un texto sumamente explícito. En la oración para después de la Comunión de la Misa de la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, tomada del Sacramentario Gelasiano Vetus (siglo VIII), se ha incluido la mención expresa de «Madre de la Iglesia», que no aparece en el texto original:

«Hemos recibido con alegría los sacramentos del cielo; te pedimos ahora, Señor, que ellos nos ayuden para la vida eterna a cuantos proclamamos a María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia»³².

En la liturgia de las Horas en español tenemos, además, un himno para los sábados del tiempo de Adviento, que es un bellísimo canto de la Maternidad espiritual de la Virgen sobre la Iglesia y sobre todos los hombres, redimidos por Cristo, al mismo tiempo que se canta también la prerrogativa reconciliadora de su divina Maternidad. El himno ha sido compuesto por el distinguido poeta, Don Bernardo Velado, canónigo de Astorga, y dice así:

Ruega por nosotros,
Madre de la Iglesia:

Virgen del Adviento,
esperanza nuestra,
de Jesús la aurora,
del cielo la puerta.

Madre de los hombres,
de la mar estrella,
llévanos a Cristo,
danos sus promesas.

Eres Virgen Madre,
de la gracia llena,
del Señor la esclava,
del mundo la Reina.

³¹ AAS, 56 (1964) pp. 1014-15.

³² «Laeti, Domine, sumpsimus sacramenta caelestia; intercedente pro nobis beata et gloriosa semperque Virgine Dei Genetrice Maria, ad vitam nobis proficiant sempiternam» (*Sacramentario Gelasiano Vetus*, Ed. Mohlberg, n.º 1262).

Abre nuestros ojos
hacia tu belleza,
guía nuestros pasos
a la vida eterna.

En la lectura segunda del sábado de la segunda semana de Adviento, tomada del Beato Isaac, abad del monasterio de Stella, se expone también que por la maternidad divina la Virgen María engendró también a muchos, a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo. Por eso mismo hace una relación entre la Virgen, la Iglesia y el alma fiel, con matices diferentes. Los párrafos que interesan para nuestro tema son los siguientes:

El Hijo de Dios es el primogénito entre muchos hermanos y, siendo por naturaleza único, atrajo hacia sí muchos por la gracia, para que fuesen uno solo con El. Pues da poder para ser hijos de Dios a cuantos lo reciben.

Así, pues, hecho hijo del hombre, hizo a muchos hijos de Dios. Atrajo a muchos hacia sí, único como es por su caridad y su poder: y todos aquellos que por la generación carnal son muchos, por la regeneración divina son uno sólo con El.

Cristo es, pues, uno, formando un todo la Cabeza y el cuerpo: uno nacido del único Dios en los cielos y de una única Madre en la tierra; muchos hijos, a la vez que un solo hijo.

Pues así como la Cabeza y los miembros son un hijo a la vez que muchos hijos, asimismo María y la Iglesia son una Madre y varias madres; una virgen y muchas vírgenes... Ambas son la Madre de Cristo, pero ninguna de ellas dio a luz al Cristo total sin la otra...»³³.

Con razón ha podido escribir Henri de Lubac que «la fe católica en la Santísima Virgen resume simbólicamente, en su caso privilegiado, la doctrina de la cooperación humana a la Redención, ofreciendo de esta suerte como la síntesis o la idea madre del dogma de la Iglesia»³⁴.

3. LA ANTITESIS EVA-MARIA

La antítesis Eva-María es la expresión más antigua en que la Iglesia manifestó su fe en la acción reconciliadora de la Virgen María. Pero esa expresión tiene valor en cuanto que se refiere a su verdadero fundamento: la divina maternidad de la Virgen María, tal como la quiso Dios en su plan salvífico de todos los hombres por su Hijo encarnado. Desde San Justino, en el siglo II, hasta nuestros días ha sido ésta una de las expresiones por las que se ha manifestado la colaboración de la Virgen María a la obra de la Redención. Aunque fue San Justino el primero de que se tiene noticia en formular la antítesis Eva-María, fue San Ireneo el que hizo de ella una

³³ Beato Isaac de Stella, *Sermo* 51, PL, 194, 1862-1863 y 1865.

³⁴ H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia* (Desclée de Brouwer 1958) p. 307.

exposición más elaborada. La Liturgia de las Horas trae para segunda lectura del viernes de la segunda semana de Adviento uno de los textos en que San Ireneo († hacia el año 202) expone esa antítesis. He aquí algunos párrafos:

«El Señor vino y se manifestó en una verdadera condición humana que lo sostenía, siendo a su vez su humanidad sostenida por El, y, mediante la obediencia en el árbol de la cruz, llevó a cabo la expiación de la desobediencia cometida en otro árbol, al mismo tiempo que liquidaba las consecuencias de aquella seducción con la que había sido vilmente engañada la virgen Eva, ya destinada a un hombre, gracias a la verdad que el ángel evangelizó a la Virgen María, prometida también a un hombre.

Pues de la misma manera que Eva, seducida por las palabras del diablo, se apartó de Dios, desobedeciendo su mandato, así María fue evangelizada por las palabras del ángel, para llevar a Dios en su seno, gracias a la obediencia a su palabra. Y si aquélla se dejó seducir para desobedecer a Dios, ésta se dejó persuadir a obedecer, con lo que la Virgen María se convirtió en *abogada de Eva*.

Así, al recapitular todas las cosas, Cristo fue constituido cabeza, pues declaró la guerra a nuestro enemigo, derrotó al que en un principio, por medio de Adán, nos había hecho prisioneros, y quebrantó su cabeza, como encontramos dicho por Dios a la serpiente en el Génesis: *Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la tuya; ella te herirá en la cabeza, cuando tu intentes herirla en el talón.*

Con estas palabras, se proclama de antemano que aquel que había de nacer de una doncella y ser semejante a Adán habría de quebrantar la cabeza de la serpiente...»³⁵.

Es muy esclarecedor de ese pasaje de las obras de San Ireneo que en la liturgia se le añada como responsorio parte del evangelio de la Anunciación: «El ángel Gabriel fue enviado a la Virgen María, desposada con José, para anunciarle el mensaje; y la Virgen se asustó del resplandor. No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás y darás a luz, y se llamará Hijo del Altísimo». Con lo que se demuestra que la antítesis Eva-María la ve la Iglesia como una expresión del aspecto soteriológico y reconciliador de la divina maternidad de la Virgen María. Y también que esa perícopa patrística se inserte en la liturgia de Adviento.

El llamado «principio de recirculación» ha recibido un trato de favor en las obras de San Ireneo, como acertadamente afirmó el Padre José A. de Aldama³⁶. En San Ireneo Adán está ordenado por Dios para ser figura de Cristo. Pero el paralelismo entre ambos es en no pocas ocasiones antitético, como lo exige el plan fundamental de la salvación trazado por Dios: Cristo, segundo Adán, viene a rehacer la obra mala realizada por el primer Adán. Pero en ese paralelismo antitético ni el primer Adán ni el segundo estaban solos. San Ireneo

³⁵ *Adversus Haereses*, Lib. 5, 19, 1; 20, 2; 21, 1; SC, 153, 248-50 y 260-64.

³⁶ J. A. de Aldama, S.J., *María en la patrística de los siglos I-II* (BAC, Madrid 1970) pp. 273-93.

ve en el grandioso plan salvífico de Dios a dos mujeres: Eva que ayuda a la caída y desgracia del género humano, y María, que colabora con Cristo en la obra de reconciliación. Es una consecuencia lógica, como ya subrayó R. Laurentin: Como Adán es figura de Cristo, que lo «recapitula», Eva lo es de María, que también la «recapitula».

En el pasaje insertado en la liturgia de Adviento, San Ireneo llama a la Virgen María abogada de Eva, esto es intercesora, defensora, auxiliadora, consoladora, patrona (que de todas esas formas se ha traducido), o, como quiere Jourjon «llamando a la salvación», esto es, «María llama —advocat— a Eva a la salvación»³⁷. En esa «defensa» de Eva hemos de ver una acción general de la Virgen María, como lo pide todo su contexto: por la obediencia de María se desata el nudo hecho con la desobediencia de Eva, se deshacen los vínculos de la muerte con que esa obediencia había atado al género humano. Eso es lo que constituye la verdadera defensa de Eva, porque interrumpe definitivamente el funesto proceso causal que ella inicia con su mala intervención en el paraíso. Esa obediencia de la Virgen María es su pleno consentimiento a la embajada redentora del ángel.

La liturgia nos da una síntesis de toda la tradición de la Iglesia en la formulación y aplicación redentiva de la antítesis Eva-María y también del mismo Magisterio Pontificio sobre todo a partir de Pío IX. En la época patrística podemos citar a San Efrén Sirio, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría, San Proclo de Constantinopla, Severiano de Gálbala, San Ambrosio de Milán, Zenón de Verona, Cirillona, Basilio de Seleucia, Hesiquio de Jerusalén, Antipatro de Bostra, Crisipo de Jerusalén, Aurelio Prudencio, San Jerónimo, Teódoto de Ancira, San Agustín, San Pedro Crisólogo, San Román el Cantor, San Atanasio, Venancio Fortunato, San Modesto de Jerusalén, San Andrés de Creta, San Juan Damasceno. En el medioevo occidental tenemos a San Bruno, obispo de Segni, que dice: «La primera cabeza de esta línea es Adán, la segunda es Cristo. Esta línea comienza por Eva y acaba por María. En el principio está la muerte, en el fin la vida. La muerte vino por Eva, la vida fue devuelta por María»³⁸. Lo mismo atestiguan Ivo de Chartres, Berengoso, Eadmero, Osberto de Clara, Ruperto de Deutz, que tiene una exposición detenidísima de esta analogía antitética de Eva-María basada en la divina maternidad³⁹. Sigue en la misma línea Pedro Abelardo, Her-

³⁷ J. Jourjon, 'Aux origines de la prière d'intercession de Marie', en *Etudes Mariales* 23 (1966) p. 42.

³⁸ Sent. 2, 5, PL, 165, 216.

³⁹ Así dice Ruperto de Deutz: «Ya desde ahora, nosotros (Isabel y Juan) y los que vendrán después de nosotros exultaremos y nos alegraremos en tí (Cant. 1, 3); y cantaremos diciendo que Eva nos hizo llorar, María nos hizo saltar de alegría porque lo que Eva, triste nos quitó, Tú lo devuelves por el fruto de tu santo seno» (*Comment. in Cant.*, 1, PL, 18, 845); «Fruto malo, mal

mann de Tournai, el abad Franco de Afflighem, Honorio de Autun, Godofredo de Admont, San Bernardo, el Beato Guerrico, abad de Igny, San Amadeo de Lausana, Elredo de Riedval y los victorinos Hugo y Ricardo que tratan del contraste entre Eva y María por haber engendrado esta última al que es la Vida y el triunfo del demonio.

Según el sentir unánime de estos autores, la nueva Eva, María, es en todo opuesta a la primera. Ella es la bendición contraria a la maldición, la alegría que ahuyenta la tristeza, la que nos dio la medicina y el antídoto que cura la herida infligida por Eva y neutraliza su veneno. Ella es también la gracia, la justicia que borra la culpa de Eva. Con la victoria de María, añaden, se compensa la derrota que sufrió la humanidad con Eva. Por eso se la llama la Causa de nuestra vida, la Madre de los que viven, como Eva había sido la causa de nuestra muerte, la madre de los que mueren.

Todos estos títulos se fundan principalmente en el consentimiento que dió la Virgen María para ser la Madre del Redentor y en las virtudes que ejerció en esa ocasión, en contraposición con los defectos de Eva, principalmente por su fe, su obediencia y su humildad, que llevaron a la Virgen a secundar diligentemente el plan salvífico de Dios y la elevaron a la dignidad incomparable de ser la Madre de Dios Redentor.

Como San Ireneo, casi todos estos autores tratan este tema a modo de una «recirculación», esto es, como la muerte, la derrota y la culpa con todas sus consecuencias nos vinieron por Adán y Eva, así la victoria, la justicia, la santidad, el perdón y la reconciliación nos vienen por Cristo y la Virgen María, nuevo Adán y nueva Eva. Todo esto es una expresión concreta y llena de vida de la misión singular que, por razón de su dignidad de Madre del Redentor y de sus virtudes, desempeña la Virgen María en la obra de la reconciliación de los hombres con Dios. La Iglesia, al insertar en su liturgia de Adviento el pasaje de San Ireneo, ha tenido presente toda esa venerabilísima tradición de la Iglesia, corroborada en diversas ocasiones, incluso muy solemnes, por el propio Magisterio Pontificio⁴⁰.

4. OBLACION DE CRISTO POR LA VIRGEN, COMO PRECIO DE NUESTRO RESCATE

En la liturgia de la fiesta de la Presentación del Señor hay unos elementos que nos ilustran sobre la fe de la Iglesia sobre la acción reconciliadora de la Virgen María. Esta fiesta, como ya se ha dicho, tiene relación estrecha en su celebración con el tiempo de Navidad, aunque se encuentre fuera del mismo.

bocado aquel por el que Adán, por medio de Eva, perdió la vida y encontró la muerte; fruto bueno aquel en el que el género humano, por María, perdió la muerte y halló la vida...» (Ibid., col. 880) y otros muchos más.

⁴⁰ Para lo referente a la Edad Media cf. I. Ruidor, a. c., pp. 148-60.

En el himno para Laudes, cuyo autor es Pedro Abelardo, hay ideas preciosísimas sobre la colaboración de la Virgen María en la obra redentora realizada por Jesucristo. Se apostrofa a Sión a que se adorne como en día de fiesta para recibir a la «esposa y al esposo», faro de fe y centinela. En la estrofa cuarta se nos presenta a la Virgen María ofreciendo a Jesús como precio por el cual somos redimidos. Luego canta a la Virgen que lleva a su Hijo como Hostia que nos llena de gozo por ser nuestra salvación. He aquí los versos latinos:

Adorna, Sion, thalamum / quae praestolaris Dominum, / Sponsum et Sponsam suscipe / vigil fidei lumine...

Parentes Christum deferunt, / in templo templum offerunt; legi parere voluit / qui legi nihil debuit.

Offer, beata, parvulum, / tuum et Patris unicum; / Offer per quem offerimur / pretium quo redimimur.

Procede, virgo regia, / profer Natum cum hostia; / monet omnes ad gaudium / qui venit salus omnium.

En la época de Pedro Abelardo estaba muy arraigada la idea del carácter oblacional de la presentación del Señor por la Virgen. Consideran esto varios autores medievales como la ofrenda del sacrificio que tuvo su culminación en el Calvario. Así se expresa Geofrido de Vendome: «Esta solemnidad (la de la Presentación del Señor y Purificación de la Virgen, como entonces se decía) es grande, en la cual (Jesús) es ofrecido por la Santísima Virgen y el justo Simeón a Dios Padre en el templo. Dios Padre dió a la Virgen Madre el Hijo engendrado antes del tiempo de sí, para que se hiciese hombre en Ella; Hijo nacido de sí en el tiempo, hecho Hombre... Este único Hijo es ofrecido al único Padre por la única Madre; uno al que es uno; más aún en este uno todos los fieles somos ofrecidos... En esta carne su Madre Virgen, digna de todo honor, lo concibió y dió a luz; y, *causa de salvación*, con ejemplo de humildad, lo ofreció en el templo Hostia viva y vivificante en olor de suavidad. En verdad la buena Madre, María, dió a luz a Cristo y en Cristo dió a luz a los cristianos. Es, por tanto, la Madre de Cristo, Madre de los cristianos»⁴¹. Otro digno representante de esta idea es San Bernardo que en el sermón tercero sobre la Purificación de la Virgen María, pronunciado en esa fiesta, dice: «ofrece a tu Hijo, oh Virgen Santísima y presenta al Señor este fruto bendito de tu vientre. Ofrece al Señor para la reconciliación de todos nosotros la Hostia santa, agradable a Dios. Ciertamente aceptará Dios Padre esta oblación nueva, la Hostia preciosísima, de la que El mismo dice: Este es mi Hijo muy amado en el que tengo puestas mis complacencias... Vendrá tiempo, cuando no en el templo será ofrecido, ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad entre los brazos de la cruz. Vendrá tiempo cuando

⁴¹ *Serm 7 in Purificat.* PL, 197, 262-66.

no será redimido con dinero ajeno, sino que redimirá a otros con su propia sangre, porque Dios Padre lo envió como redención de su pueblo. Aquel será el sacrificio vespertino, éste de hoy el matutino. Este presente es más placentero, pero aquél será más lleno»⁴².

Estos y otros testimonios semejantes de la Edad Media nos muestran claramente la fe de aquellas cristiandades en la colaboración eficaz de la Virgen María en nuestra reconciliación.

Es interesante también en el himno de Pedro Abelardo la relación sponsal de la Virgen con Cristo, tema que hunde sus raíces en la época patristica y se desarrolla en el período medieval, precisamente en su analogía antitética de Eva-María. Por eso conciben la acción reconciliadora de la Virgen María como una colaboración sponsal, tanto en su actividad preparatoria como en su actividad maternal. La Virgen María, la Madre del Redentor, ha colaborado en la misma obra redentora de Cristo como su espiritual esposa y en comunidad muy íntima con El. En la tradición eclesial indicada se nos ofrece la actividad sponsal de María en unión orgánica con su acción maternal y con la acción del mismo Cristo. Cristo y María, el esposo y la esposa, aparecen en su actividad no sólo el uno al lado del otro, sino también *el uno en el otro*. Según esto, la colaboración de la Virgen María en la obra de la redención es concebida por esos autores de tal forma que María ofrece en sentido pleno y muy verdadero el sacrificio de la redención, en el que Cristo, su Hijo, es la víctima y el sacerdote. Todo esto siempre en Cristo y con Cristo, íntimamente unida a El como a su Esposo. Así la misma analogía antitética de Eva-María queda sublimada. Ya que la colaboración de Eva con el primer Adán, su esposa, (*uxor* dice San Ireneo), fue meramente material e indirecta, mientras que la colaboración de la Virgen María con Cristo Redentor fue formal, porque estaba muy deseosa de cumplir la voluntad de Dios en su plan de salvación para con los hombres. Eva colabora a la caída por una virtualidad meramente natural; mientras que la Virgen María colabora a la redención en virtud de una elevación y de una consagración sobrenaturales y una fuerza que le venía, podemos afirmarlo sin ningún recelo, de los mismos méritos del Redentor. La colaboración de Eva no condiciona en Adán más que la existencia de *su acto* de destrucción; mientras que la colaboración de la Virgen María condiciona la existencia del *principio sustancial* y, por lo mismo, de todo lo que realiza la redención y reconciliación de los hombres.

En la segunda lectura de la solemnidad de la Madre de Dios, uno de enero, San Atanasio afirma que «María está presente en este misterio, para que de ella la Palabra tome un cuerpo, y, como propio, lo ofrezca por nosotros». Esto es cierto, pero estos autores añaden también la ofrenda que de ese cuerpo, más aún de toda la persona del Salvador, hizo la Virgen María. Así es como Ella comunicó la Luz

del mundo a los que se hallaban en las tinieblas y habitaban en la región de sombras mortales (Mt 3, 1). Así lo afirma bellamente San Sofronio en la segunda lectura de la Fiesta de la Presentación del Señor en el templo:

«En efecto, del mismo modo que la Virgen Madre de Dios tomó en sus brazos la luz verdadera y la comunicó a los que yacían en tinieblas, así nosotros, iluminados por El y llevando en nuestras manos una luz visible para todos, apresurémonos a salir al encuentro de Aquél que es la luz verdadera»⁴³.

En la liturgia en castellano de esa fiesta de la Presentación del Señor se recoge la misma idea de la ofrenda hecha por la Virgen María en el himno de Laudes, compuesto por el sacerdote Bernardo Velado:

Iglesia santa, esposa bella,
sal al encuentro del Señor,
adorna y limpia tu morada
y recibe a tu salvador.

Abre tus brazos a María,
Virgen Madre del Redentor,
Puerta del cielo siempre abierta
por la que vino al mundo Dios.

La virgen Madre ofrece al Niño
como una Hostia para Dios;
la espada de la profecía
atravesaba su corazón.

Con razón pudo escribir Scheeben junto con Feckes que la participación de la Virgen en la Redención fue de triple manera: «Primariamente, María hizo con miras al sacrificio redentor la ofrenda de su propia carne y sangre, y engendró y crió bajo la acción del Espíritu Santo a la víctima sacrificial. En segundo lugar, dedicó a Dios, en orden al gran sacrificio, el don que había criado y que era fruto y propiedad suya junto con el Padre (*tuum et Patris unicum*, se dice en el himno de Pedro Abelardo). Finalmente, participó en la oblación efectiva que Cristo hizo de Sí mismo por su consentimiento generoso y en la consumación del sacrificio por la renuncia a su propia voluntad y a sus propios deseos, en tal forma, que los padecimientos de Cristo se convirtieron en sus propios padecimientos. Estos tres momentos están manifiestamente unidos y se hallan ordenados recíprocamente al mismo tiempo que se compenetran. El primer momento aparece ante todo en la concepción de Cristo; el segundo en la presentación de Jesús en el templo; el tercero, en la asistencia de la Virgen María al sacrificio del Calvario. Sólo las dos últimas

42 *Sermo 3 in Purificat.* PL, 183, 370; cf. I. Ruidor, a. c., pp. 165-68.

43 *Sermo 3 sobre el Hyppanté*, 6.7, PG, 87, 3291-3293.

acciones pueden considerarse como funciones sacrificatorias formales y públicas. Del carácter sacrificial de la presentación de Jesús en el templo nos habla bien alto el rito con que es celebrado y la profecía de Simeón. En conexión íntima con la oblación de María en el templo está su presencia junto a la Cruz»⁴⁴. Pero de esta última no tratan los textos litúrgicos que hemos examinado, si los de otros periodos de la Liturgia de la Iglesia, como ya se ha indicado.

María, Madre de Reconciliación en el Himno Akathistos

Por A. Molina Prieto

⁴⁴ M. J. Scheeben-Carlos Feckes, *Madre y Esposa del Verbo encarnado* (Bilbao 1955) pp. 230-31.